

## GANAS DE SONREIR ANTE LA HISTORIA

Dante Medina  
*Universidad de Guadalajara*

**P**ermítanme, antes de empezar, un pie de página.<sup>1</sup>

La irreverencia siempre ha caracterizado a la literatura. Escribir es un acto de inconformidad. El que calla, otorga; el que no escribe, acepta. Una competidora, en cortito, de la literatura, es la historia. Con mayúsculas. La que cree en los Hechos, las Comprobaciones, las Estadísticas, la Informática, o cualquiera de las otras diosas modernas de la Credibilidad. La literatura mexicana contemporánea, en estos tiempos, está recuperando una vieja tradición muy suya: la de remodelar la historia con las artes de la poética. Toda la cultura náhuatl fue ducha en esto, tenía la costumbre de bañarse a menudo en el desahogo de su propio pasado. Competimos en un mismo estadio, los escribientes y los historiantes; en esta esquina, los que hacen su regalada gana, a condición de divertirse en público; en esta otra, los que dicen la verdad, porque no tienen que divertir a nadie; ya ellos mismos, investigando vidas ajenas, se divirtieron de sobra. Digo, estoy hablando como escritor. Así que en lícita *reprisopidad*, es decir reciprocidad, tengo que preguntarme, acusadoramente, en varios idiomas, ¿por qué cargas, por qué vainas, por qué jodidos, por qué chingaos, por qué coños, por qué mierdas, los escritores tenemos que meternos con la historia, ignorantes como hemos sido siempre de tantas cosas?, o de otra manera, si no fuésemos ignorantes, ¿entonces qué carajos, coños, vainas, jodidos, chingaos, mierdas, nos mandó a refugiarnos en la literatura? Sin duda la literatura es oficio de metiches. Qué bien lo dije: *oficio de metiches*. Como al escritor no le dan de nada, quiere tomar de todo. ¿Qué pinche oficio es éste del que ni siquiera se sabe *qué hay que saber* para llegar a saber hacer el oficio de escritor? ¿Quién va a tomar en serio a alguien, en estos tiempos de especialización que dice que escribir tiene algo de todo y que uno más o menos

a todo le hace, le “intelige” a lo que le pongan, pero saber hacer, de bien a bien, pues no sabe nada, a no ser algo de ortografía, y eso en su propio idioma, porque en lengua extranjera, pues que lo perdonen, pero su traductor anda de vacaciones... Digo esto por mí, claro, no por mis colegas, y generalizando porque desde que se murió Alfred Jarry y *Rayuela* pasó a la posteridad de los jovencitos que todavía la leen por las calles de cualquier ciudad de América Latina, la ley de los particulares está de nuevo poniéndose de moda, por encima de las reglas que tanto nos molestaron en la adolescencia aquella en que hacíamos el amor con sola una mujer y teníamos que adaptarnos a los calendarios de esos períodos, debido a que la Historia, dijimos, o vamos a decirlo, es un asunto de CCC: Cronologías, Cronometrías, Cronografías, y de ahí los escritores, que faltos de una ciencia propia estamos necesitados y obligados a tomarnos las ciencias de los demás, alternativas únicas de nuestro bobalicon arte: Y como la Historia, aquí, en presente, se nos ha puesto de modo, decepcionados como estamos de la política — que juega a la falta de reglas en el argumento —, decepcionados de la economía — que rompe, abruptamente, todas las reglas en materia de ficción —, decepcionados de la idea de la familia y el Estado — hay que ver en qué estado está la familia, y en manos de qué Familia está el Estado —, se nos ha puesto de modo acogernos a nuestra vieja amiga y cómplice La Historia; empezamos juntos con ella el camino de la escritura, y al principio fuimos los mismos, historiadores y escritores. ¿Plinio qué fue, amigos míos?, ¿qué fue Herodoto?, ¿qué Julio César?, ¿qué fueron Esquilo, Séneca, Heráclito, cronistas, historiadores, filósofos, escritores? O sea que nos hemos puesto a volver a jugar con la Historia, esa vieja amiga... Aparte de que su vocación por la anécdota, por la precisión en el relato, nos ha subyugado siempre, hemos sabido amamantarnos de ella — y hablo de ahora como si hablara del pasado, conste — porque, chismosa, es una maravillante desencubridora de mitos. Toda la cultura actual reposa, al 50% en esta habilidad de la historia. La Antigüedad reconocía dos ciencias madres de las otras demás, árbol que sostenía la ciencia entera toda: la Lógica y la Historia. ¿De dónde sacaríamos literatura los escritores sin estos dos elementos, *elementos* he dicho, y recúrrase a la química para entender bien a bien esta palabra. Por ejemplo pongamos un ejemplo: hace unas 26 líneas, en espacio de página, y algo así como 157 segundos en tiempo de lectura (grabadoras y fotocopias me darán la razón o el dementís tan caro a los parlamentarios), dije, por mencionar algunos de sus atributos, que la Historia era un asunto de Cronologías, Cronometrías, Cronografías; de esto hemos aprendido los escritores, los escribientes, los escribadores (escribadoures = escritores y trovadores, crónica contemporánea a la que los medios de comunicación ni siquiera aire: porque: vivimos una época en que la comunicación *impide* la verdadera comunicación, nos calla llenando pantallas y primeras páginas con lo que nosotros nunca fuimos: el origen de la lengua, el germen de la comunicación de masas entre los hombres, la escritura, la lengua oral de las plazas. Qué idílico. Perdonen ustedes, a la literatura le da por eso, sobre todo

cuando se siente acorralada). Vuelvo: De esto hemos aprendido los escritores, los escribientes, los escribadores. Cuando la historia dice Cronologías, Cronometrías, Cronografías, la literatura asume que qué bueno, y se le ocurren cambios en las palabras, que es su manera de cambiar los hechos. Me explico. Un historiador se empeña en una verdad *acorazonada*, porque le sale del cuerpo que la cosa tuvo que ser así, tuvo que desarrollarse de esa manera, y busca documentos — que siempre encuentra, yo nunca sabré averiguar cómo — para probar una verdad que a *él se le ocurrió* (por vida de Dios que en buena hora) *primero*. Así cambia los hechos que antes eran de otra manera. Un escritor, sirviéndose de la Historia, después de consultar a los que hicieron el trabajo aquél de comprobar sus propios y respetabilísimos caprichos que, a fin de cuentas, son la única verdad que cuenta, y acaso (viva Borges) la Única verdad que podía ser encontrada, decide, entonces, no meterse en asuntos que ya casi no le conciernen, porque los especialistas los fatigaron (epíteto de Borges, de nuevo, escritor de mucha historia), e irse por el rumbo de la lengua, donde halla, como sin querer, posibilidades que no siendo de los hechos alteran los hechos y aparecen en palabras que, ¡oh sorpresa grande!, cuando les da por definir algo suelen ser capaces de describir algo... Un escritor, pues, digo, he querido decir, pasaría de Cronos a Porros, de CCC a PPP, y donde el héroe de la historia ha asentado, para su biografía oficial y su monumento, para la educación pública y la escuela primaria, su imagen de líder de las mayorías, el novelista, el poeta, el cuentista del México contemporáneo en el que yo pienso ahora, pondrá al otro Dios que no estaba en el programa, a *Pornos*. Y entonces, donde la historia bisoña escribió para cerrar la cronología, la fecha de nacimiento, quiénes asistieron al fausto suceso, el cuadro que conmemora el bautismo del infante, la edad a la que acudió al liceo (foto de nuevo, en gran formato), la mujer primera con la que casó — pocas hay segundas, en estas oficialidades —, y cómo sin duda después del bien que hizo a la patria subió al cielo porque Dios siempre ha estado con nosotros, o de otra manera no se explicaría por qué nuestra tierra ha sido bendita con tantos recursos naturales (o sea, como diría Cristóbal Colón: a menos naturales, más recursos)... Y entonces, al escritor le da por trabajar su texto sobre la *Pornología* y — nada nuevo, eh — donde Marcel Proust habla del beso de su madre tan necesario para él antes de conciliar el sueño, nosotros, más “prendidos” (como se dice *ahoy* en México), relatamos los deseos de los libertadores de nuestros países en la época de la sojuzgación a Europa (Francia, España, Inglaterra, se llamaban), y les llega la adolescencia y se cogen, se joden, se enculan, se tiran, se echan a alguna negra o de otra servidumbre que esté al lado, para la novela o el cuento es lo mismo puesto que el efecto final es lo que cuenta, y luego viene el matrimonio con la mujer más apta para que el personaje suba al poder y entonces a la novela le cuesta trabajo seguir un juego tan simple e inventa amoríos interminables, desesperaciones corazoncísticas, borrascas en el trópico, y al cabo de todo está el hastío, “como un abanicar de pavorreales”

asomándose a las pupilas de los personajes hartos de su pinchurriente destino, y la ironía de la historia a la que en la Historia (ahora con mayúscula) se le olvidó que pese a todo era importante pensar en la felicidad, porque los hechos de la Cronología no llevan a explicar, nunca, cómo se puede ser feliz, y la desdicha es uno de los males que la Historia no ha podido evitar, y le pesa.

Pensé no necesitar en mi perorata, en mi disquisición, un punto y aparte, pero sí. Se me acabó el aire. Menosprecié el tema. Pero sigo con él. Voy a las *Cronometrías*, que también podemos cambiar por *Pornometrías*. (El Dios del Tiempo, *Cronos*, se nos transforma en Dios de la Exhibición, *Pornos*.) Si bien es verdad que la historia, cuando lo hace, porque esos sean sus cometidos, recensa en su recuento cronométrico, la vida métrica del sexo de sus estudiados (porno — metría, esto debe de ser griego = medidas del sexo), también es cierto que ese tema da más para la literatura — para gente morbosa divirtiéndose — que para la Historia — gente sensata informándose —. De aquí toda la serie de novelas sobre nuestros caudillos, hasta ahora reservados a los especialistas, y poco exhibidos a la morbosidad jaurica del público necesitado de que a sus héroes los bajen, de una vez por todas, del pedestal, llevándolos, de una vez por todas, al verdadero pedestal de su altura (admirable) humana. Estoy hablando, me doy cuenta, de la mala historia, no de la absolutamente seria. Qué le voy a hacer, ésta es la que existe de manera extendida, en nuestra América. Como la mala literatura es la que ocupa el lugar en las conciencias de los pocos lectores que aún quedan, a la merced de los supermercados y las Tiendas de Libros, lejos ya de lo que llamaríamos, simplemente, literatura. Sin duda. ¿Qué podemos hacer?

Cuando se trata de transpolar las *Cronografías* de la historia en *Pornografías*, la cosa parece más alevosa. Temo que desconffen de mi buena fe. Cuestiones de lengua, puramente. Las otras palabras se prestaban a que uno jugara con ellas, “Cronologías, Cronometrías, Cronografías” y a ser cambiadas por el toque literario que yo he propuesto aquí: *Porno*. “*Pornologías, Pornometrías, Pornografías*”... Uy, aquí es donde la *etimología tuerce el rabo*, porque hasta ahora la comparación entre Historia y Literatura, para tratar de explicar la *incidencia exagerada* de los temas y tratamientos históricos en la literatura de México y de la América toda, estaba funcionando en el eje de: lo público — lo privado; lo que se puede probar — lo que se especula; lo que se dice — lo que se calla.

Puedo expresarlo de otra manera: la nueva literatura mexicana ha vuelto los ojos a la historia porque no le es ostil. Uta, se me olvidó la hache. Es que estamos en confianza. Y a la nueva literatura mexicana (hablo de 1950 para acá) la historia no le es hostil (ya no se me olvidó la hache). Antes, la literatura *supl'a* a la Historia (*Los de abajo*, de Azuela; todo Rulfo), ahora sentimos que podemos colaborar. Rellenar huecos. Donde el escritor tiene intuiciones, el historiador tiene hechos; donde el historiador tiene dudas, el escritor tiene hipótesis. El uno con sus armas que apuntan a que la realidad sea mejor, el otro pensando que la

realidad debe de ser como es.

Esa es la función de la literatura. Esa y no otra. Esa. Decir otra realidad donde la historia dice una. Volver lengua lo que la historia da por hechos. Recurrir a los sentidos de las palabras cuando las palabras han perdido sentido, o han sentido que pierden palabras sus sentidos. Esta es la misión de la literatura histórica a la que yo pertenezco, ésta es la misión de la historia literaria a la que me siento pertenecer, ésta es la divisa en la que yo creo: la historia permanece, lo único que realmente se transforma son las palabras, la palabra, y así dura. Esto es la historia: Donde dice esto debe de decir esto. Esto es la literatura: donde dice esto debe de decir algo más que esto.

#### NOTAS

##### 1 Pie de página:

Primero, algunas consideraciones sobre el tema de esta mesa: “Re-escritura, lenguaje y la nueva narrativa mexicana”. Me detengo, únicamente, en “nueva narrativa”, en esta “novedad de la patria” a lo López Velarde. De acuerdo con el compromiso de la re-escritura, la de la literatura y la de la historia, la de la historia no oficial y la de la literatura que se permite todo; de acuerdo también con el lenguaje, materia — si más se puede — primeramente vista, observada, por la “escritura cercana a la historia”, o “acercándose a la historia”. En lo de *nueva* es donde asoman su cabeza pelona las dificultades, así que lo tomaré de la manera más ligera, más alegre, más mía: consideraré nuevo lo que para mí ha sido *novedad*, mejor dicho *novedoso*, en la reciente literatura mexicana. De tal forma que lo que aquí diga hoy podrá intentar comprobarse, preferentemente, en estas novelas: *Terra Nostra* y *Cristóbal Nonato*, de Carlos Fuentes; *La guerra de Galio*, de Héctor Aguilar Camín; *El imperio perdido*, de José María Pérez Gay; *Noticias del Imperio* y *Palinuro de México*, de Fernando del Paso y *El general en su laberinto*, de Gabriel García Márquez.

Así que bueno: *Ganas de sonreír ante la historia*.